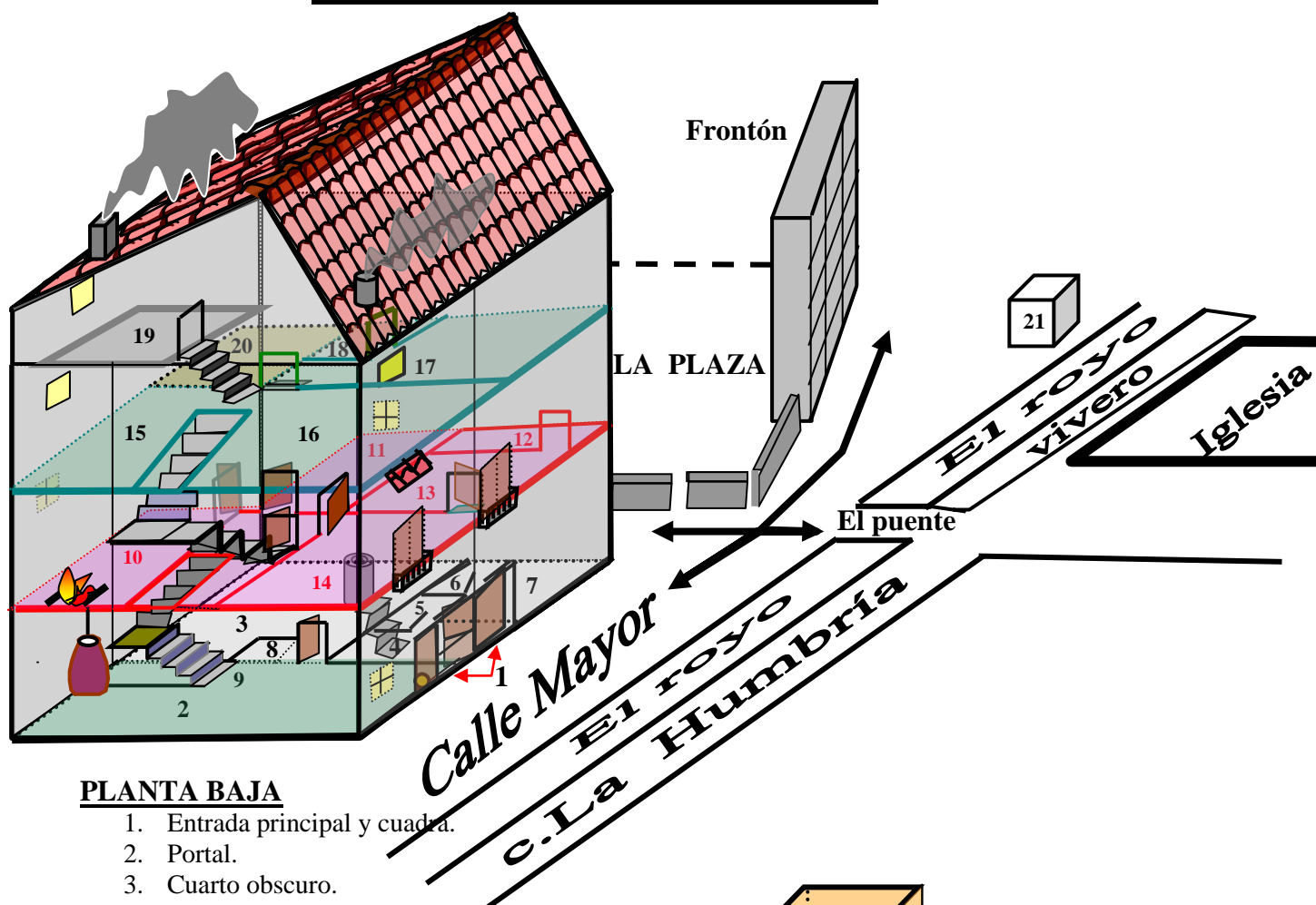


LA CASA DE LOS MAESTROS.



PLANTA BAJA

1. Entrada principal y cuadra.
2. Portal.
3. Cuarto oscuro.
4. Escalera de subida desde la cuadra a la primera planta. Cortada
5. zahurda.
6. zahurda
7. muladar.
8. situación del molino.

PLANTA PRIMERA

9. Escalera de subida a la primera planta.
10. cocina.
11. dormitorio.
12. dormitorio
13. dormitorio.
14. comedor.

PLANTA SEGUNDA

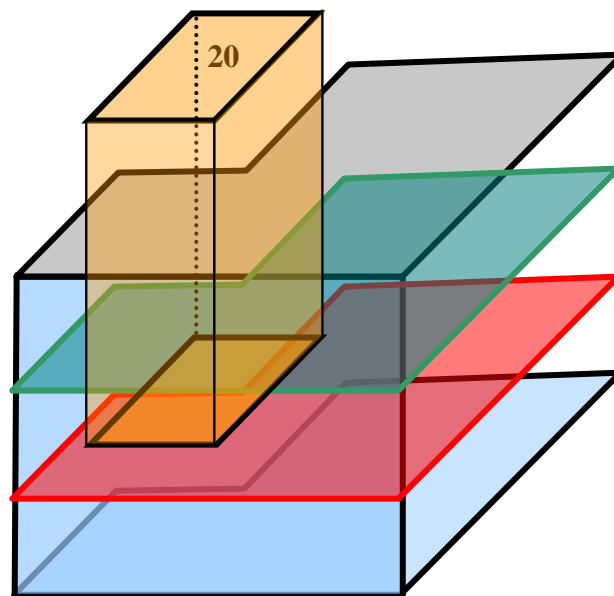
15. Cámara 1.
16. Cámara 2.
17. Cámara 3.
18. Cámara 4.

PLANTA CUARTA

19. Buhardilla.

ALMACÉN DE ABAJO

20. Zona perteneciente al almacén de abajo y parte a la casa de al lado izquierdo.
21. Antiguo lavadero.



Plano de las diferentes plantas y límites con el almacén de abajo y la casa de la izquierda, del tío Antonino.

No sé si será frecuente, ni acaso bien visto, contar vivencias un tanto personales en un foro. A mí, simplemente, me gusta hacerlo, en este caso, para recordar los primeros años de mi vida, que transcurrieron en Campillo, mi pueblo, al que adoro, y del que siempre, siempre, se me he sentido orgulloso.

Es posible que sea yo un tanto sentimental, aunque a mi edad eso no importa demasiado, si se piensa en el placer que produce traer aquellos tiempos a la memoria, refrescarlos y disfrutarlos de nuevo, bien sea en solitario, o quizá, porqué no, acompañado de otros campillanos que a lo mejor -tendría mucho gusto en que así fuera- pueden sentir ese mismo placer. Es también probable que lo que yo diga no le interese a nadie, porque la edad hace que los intereses cambien, pero pienso que cada cual decidirá lo que más le convenga y asunto concluido.

Puede ocurrir que en algún momento sea un poco subjetivo, y quizá algo indiscreto, aunque es mi intención no herir a nadie, por lo que pido disculpas anticipadas si en algún momento incurro en imprecisiones, errores u omisiones que en modo alguno desearía cometer. Seguramente escribiré atropelladamente y quizás eso llame a confusión porque los datos irán saliendo de una forma espontánea y sin un orden establecido. Contaré, con toda sencillez algunas vivencias de aquellos años míos en Campillo.

Empezaré diciendo que no sé qué pasa con las raíces: nuestro pueblo, nuestra familia, nuestra gente, nuestros amigos de infancia y de juegos, los paisajes y los parajes que recorrimos, la casa en que nos criamos, etc. Se reproducen, en nuestra memoria (las raíces), envueltas en una emoción íntima e intensa, y con el correr de los años se convierten en mágicas. Sobre todo si, como es mi caso, solo se vuelve de tarde en tarde, al propio lugar de origen. Si alguien comparte conmigo esa añoranza, seguro que le gustará ver por escrito unas cuantas pinceladas de lo que supusieron aquellos años para quienes fuimos... los felices niños campillanos. Con privaciones y cierta escasez de medios materiales, de acuerdo, pero también felices.

Mis padres fueron maestros de Campillo. Mi madre, Doña Nati, desde el año 1935 hasta el 1963. Con una interrupción de dos años (entre 1944 y 1946). Mi padre, Don Mariano, había sido maestro de La Yunta desde 1935 hasta 1947. Recuerdo que se reunieron en Campillo en 1947, cuando yo tenía seis años. En 1963 ambos se trasladaron a Valencia.

La casa que cobijó a mi familia durante esos, casi 20 años, fue la antigua casa de los maestros. Situada enfrente del puente de la Iglesia, haciendo esquina con la calle Mayor y la calle que sube a la Plazuela. No nací en ella, pero en ella viví unos tiempos inolvidables. La llevo grabada en mi corazón y la he reproducido en ese bosquejo tal y como la recuerdo. Seguramente la técnica del dibujo no es buena, pero eso es lo de menos, porque de todas formas ayudará a que nos hagamos una idea de cómo era. En ella vivimos momentos decisivos de nuestra vida, cargados de preciosos recuerdos. Muchos de ellos los omitiré por ser totalmente privados.

La primera imagen que guardo en mi retina de aquella entrañable casa corresponde al momento del traslado que, desde La Yunta, hicimos a Campillo. Recuerdo como, desde el carro en donde venían todos los enseres, alguien que nos ayudaba en esa tarea, sacaba y sacaba trastos y más trastos, e incluso alguno de ellos lo subieron por un balcón que había en la fachada de la entrada.

Aquella casa fue derribada y en el mismo solar se construyó, de nueva planta, la que ahora sirve de Ambulatorio o Centro de Salud. En la fachada de ella no falta la inevitable lápida conmemorativa con una pomposa inscripción que recuerda, a cualquiera que la lea, que esa construcción se debe los auspicios de la Comunidad de Castilla la Mancha. Como si el dinero empleado en hacerla no fuera de los

contribuyentes, incluidos los campillanos, de los que no se hace mención alguna. No la he visitado, por dentro, y no ha sido por falta de ganas, sino por no recordar tiempos pretéritos, ni establecer comparaciones entre aquella casa, casi ruinoso, que nosotros habitamos y la que ahora hay. Eran tiempos de escasez para todos. Así es la nostalgia: uno puede llegar a sentir añoranza hasta de una casa, no del todo bien acondicionada, sólo por el hecho de haber pasado en ella los años, siempre irrepetibles, de su infancia y primera juventud.

Entonces, era una casa una más entre todas las del pueblo; como las que todavía quedan sin reformar. Tenía la entrada principal por la calle Mayor.

La **puerta de entrada (1)** era la clásica puerta dividida en dos, una arriba y otra abajo, y a la izquierda de la puerta estaba la gatera. La imagen del gato pasando por aquella gatera, también llamada arbolón, es nítida para mí. Había, por aquel entonces, un gato muy farruco en Campillo, que no era el nuestro (el de casa), jefe de los gatos en aquel momento y creo que tuerto. Se paseaba ufano por el contorno y enamoraba a todas las gatitas de la vecindad. Entraba por el arbolón de mi casa cuando le daba la gana a visitar a la gata que teníamos nosotros. Eso nos incomodaba vivamente. Así es que decidimos atraparlo. Un hombre ya mayor, al que consultamos, cuyo nombre ahora no recuerdo, nos dijo como hacerlo: es sencillo cogéis una talega, ponéis la boca de la talega bien enfrentada con el arbolón, la amarráis bien sujeta con unos clavos y esperáis a que el gato entre y caiga dentro. Entonces con una cuerda atáis la talega y ya está. Lo hicimos tal cual y dio un estupendo resultado. No hace al caso decir lo que fue del gato, entre otras razones porque yo mismo lo ignoro, pero sí recuerdo que la gata seguía trayéndonos, todos los años, nuevos gatitos que sabíamos, con satisfacción, que no eran hijos del intruso.

La parte de arriba de la puerta tenía el ventanuco clásico, que se abría para ver quien venía de visita o quien llamaba con el clásico y, entonces obligado, “Ave María Purísima”, al que había que responder “Sin pecado concebida”.

La entrada era un **portalón (2)** creo que con piso de cemento o no sé si de losetas, en el que sólo había una enorme tinaja, en el rincón de enfrente entrando a la izquierda, siempre con una reserva de agua para los momentos de urgencia. Periódicamente había que vaciar la tinaja para limpiarla bien y desinfectarla, porque si no olía a cerrado y se “avinagraba” el agua. Para llenarla de nuevo, o en cualquier otra ocasión que hiciera falta, porque se iba vaciando, teníamos que hacer varios viajes a la Fuente Nueva, con dos cubos, lo que suponía un buen paseo, sobre todo muy pesado a la vuelta cuando los cubos iban llenos a rebosar. También íbamos allí, a la fuente, diariamente varias veces a llenar los botijos o a traer el agua ordinaria del día. No nos faltaba faena a los “chavales”.

Enfrente de la entrada había una puerta que daba al **Cuarto Oscuro (3)**, en el que jamás hubo bombilla, y en donde teníamos la leña cortada y apilada para el invierno. Nunca he visto tantas ratas como había allí, anidaban justamente entre los leños apilados. Sus chillidos eran habituales. Omitiré anécdotas concretas sobre este particular para no herir a personas con zoofobias, pues las ratas son animales muy proclives a producirla.

En el Cuarto Oscuro, entrando a la izquierda y debajo justo del hueco de la escalera que subía a la primera planta, estaba **el molino (8)**, con el cual se molía el trigo para obtener la harina con la que hacer el pan. Allí, mis hermanos, y también yo, pasábamos largas horas, muele que te muele, dando vueltas a la rueda del molino

manual, que llamábamos pomposamente “La Trituradora”. Aunque éramos jóvenes y con fuerzas para todo, recuerdo que acabábamos muy cansados... agotados, y bastantes veces, -debido a la presión que había que ejercer con los dedos, para agarrar el manubrio de la rueda motriz-, con ampollas en las manos. No había otra solución. El pan después estaba riquísimo, quizá porque nos lo habíamos ganado, en parte, con nuestro propio sudor. Y me viene ahora a la mente aquello de “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, que forma parte de la maldición divina, pronunciada por Dios mismo, cuando expulsó a Adán y Eva del Paraíso Terrenal porque le habían desobedecido. A mí personalmente cuando oía eso, en la catequesis, se me antojaba, sobre todo cuando estaba en plena molienda, que Dios era un pelín resentido y excesivamente justiciero. ¡Ese buen Dios –me decía a mi mismo- podía haber inventado otro castigo!

Justamente a la izquierda de la entrada de ese Cuarto Oscuro arrancaba **la escalera de subida a la primera planta (9)**, con un tramo de unas 6 escaleras, un descansillo y otro tramo de otras tantas escaleras. Debajo de esta escalera dentro del Cuarto Oscuro, se guardaban las patatas. Allí no había peligro de que brotaran puesto que nunca, ni de lejos, les daba la luz.

Al llegar la escalera a la primera planta, a la izquierda estaba **la cocina (10)**, con el fuego bajo, a mano izquierda. Generalmente las cocinas estaban en la planta baja de las casas pero en la nuestra estaba arriba. Nada de cocinas económicas ni cosas parecidas. Ese fuego bajo estaba bordeado por los morillos, así se llamaban a dos piezas de hierro que se colocaban en el eje de los carros, pero que hacían en el fuego el oficio de los morillos, que según el diccionario de la Real academia son dos caballetes que se ponen en el fuego para sustentar la leña. Uno a cada lado. Pero en este caso no eran esos morillos sino esos dos enormes tubos de hierro, que los llevaban los carros incrustados en las ruedas en cuyo interior se introducía el eje fijo al carro. Se engrasaba adecuadamente con grasa sólida y se estancaba la rueda con una cuña de hierro que impedía que la rueda saliese del eje. Recuerdo con gran claridad el puchero de barro cociendo, pegado a las brasas y con su murmullo sosegado y constante. Lo que de esa manera se cocía era el alimento diario, convertido en un verdadero manjar.

El cocido, y toda la comida se hacía allí, en esa lumbre, sobre la que se ponían unas trébedes que además servían, por las mañanas, para poner sobre ellas la sartén en medio de la cocina y almorzar tan a gusto utilizando el único utensilio necesario: una buena cuchara, que iba vacía a la sartén y venía bien cargada de migas, morteruelo, gachas o lo que tocara, según el tiempo y los días. ¡Qué exquisitos sabores guarda la memoria del gusto cuando se mientan esos manjares!. Durante muchos años la cocina sirvió para todo, incluso de comedor, en aquellas sillas bajas porque había que aprovechar el rescoldo del fuego.

La cocina era muy escasa de luz natural, solo tenía un ventanuco muy pequeñito casi pegado al techo, en la pared de enfrente de la entrada, que daba al tejado de la cuadra de la casa del tío Antonino. La lumbre baja era el único calor que teníamos en pleno invierno, y sí recuerdo que las piernas se calentaban bien, pero la espalda se quedaba helada porque el aire “coruto”, como le decían en Campillo, entraba por todos los sitios. (La palabra coruto por cierto no se incluye en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua).

En esa primera planta y un poco a la derecha o casi enfrente de la terminación de la escalera, había un **dormitorio grandote (11)**, o eso me parecía a mí, en donde había

dos camas. Con una ventana enfrente de la puerta que daba a la Plaza. El piso no estaba al mismo nivel que la puerta, sino que había que bajar un escalón. Eso se debía a que la casa de los maestros era el resultado de la unión de lo que habían sido dos casas distintas que tenían niveles diferentes. No recuerdo que hubiera allí ningún armario para dejar nada, pues los armarios, en toda la casa, brillaban por su ausencia. La pared entrando a la izquierda de este dormitorio lindaba con el Almacén de Abajo.

A la izquierda, saliendo de esa habitación, o bien a la derecha, subiendo la escalera, según se mire, estaba **el comedor (14)**: un “lujo” especial. Una gran mesa redonda, en el centro y seis sillas, de un modelo que he visto repetido muchas veces por otros lugares, que enseguida llegaron a ser diez, a medida que la familia crecía. Allí comíamos ya de mayores y allí estudiamos todos mis hermanos y yo los primeros años de bachillerato, para examinarnos como alumnos libres en el Instituto de Enseñanza Media de Teruel. En invierno, el frío era aterrador hasta que mi padre puso una estufa que se cargaba con leña y también con serrín, según lo que hubiera. Aquello fue una “modernización” por todo lo alto.

El balcón del comedor, enfrente de la entrada, daba acceso a una especie de terracita angostísima, que era apenas un lugar donde poder meter el pie para ver la calle, nada más. Aún así, en aquel estrecho espacio mi madre siempre cultivó buenos geranios y otras plantas de adorno. Visto desde la calle Mayor, el balcón de Doña Nati, no desmerecía de los otros, tan floridos, que siempre tuvo Campillo.

En el suelo del comedor, que se correspondía con el techo del portal, había un agujero para pasar una soga y colgar el cerdo, desde que se mataba por la mañana hasta que se descuartizaba por la tarde del día de la matanza. Vitorino era el matador de los cerdos, que hacía ese favor a mi padre y que todos los años remataba la “faena”, con gran alborozo de la chiquillería, sobre todo cuando nos entregaba “el trofeo”: la vejiga del cerdo, que hinchábamos de inmediato y convertíamos en un balón ovoide de bote irregular e incontrolable pero que, aún así, era inmediatamente utilizado con entusiasmo en un “fiero” partido de fútbol.

A la izquierda del comedor y teniendo sólo acceso desde éste, había una puerta bajando un par de escalones, (debido a lo ya explicado en el **dormitorio grandote otra habitación (13)**), con otro balcón, sin terraza en este caso, que daba también como el del comedor a la calle Mayor. Era una habitación dividida en dos, la del interior (**12**) que tenía pared con la calle del Almacén, es decir, dando a la Plaza y no tenía ventana alguna ni por tanto ventilación de ninguna clase, si exceptuamos la puerta de acceso. Dicho de otra forma: una cochambre

Salíamos, nuevamente, del comedor e inmediatamente a la salida, pero a mano izquierda, había otra puerta, que daba a una escalera, la cual, mediante un tramo de cinco o seis escalones, un giro de 180 grados a la derecha, y otro tramo parecido al anterior, te dejaba en la **segunda planta**.

Esta planta tenía dos partes:

La **cámara de la izquierda (15)**, sin pared que la independizara de la escalera y con una minúscula ventanilla, orientada al Norte, que no daba ninguna luz, pero permitía generosamente el paso del Cierzo, que soplabá allí con especial empeño y furor, congelando todo lo que se le pusiera por medio. Por ese motivo estaba allí la fresquera y se colgaban también en ella los chorizos, las longanizas, las güeñas, los salchichones y las morcillas, que se “curaban” de maravilla en tal sitio.

Sin embargo, no se me ocurre cual sería el motivo por el que, en un rincón, a la izquierda, justo al lado de la ventanilla, se había habilitado una desvencijada estantería, es posible que por obra de mi padre, no recuerdo bien, que hacía de biblioteca. Allí teníamos los no demasiados, pero sí interesantes, libros que fueron el objeto de nuestras lecturas infantiles y juveniles.

En esta segunda planta, a la derecha de la escalera había una **estancia abuhardillada (16)**, muy oscura que se correspondía con el techo del comedor. Se le daba luz con una bombilla que se conmutaba con otra de la primera planta. El interruptor de estas dos bombillas estaba en la puerta de acceso a las escaleras. Si se necesitaba la luz en la planta de arriba se avisaba a todos que se apagaba la luz abajo. Subías deprisa con aquella luz mortecina y bajabas corriendo, una vez concluida la operación, dando la luz de nuevo para abajo. Eran los años de la postguerra, difíciles, muy difíciles, y sin apenas recursos. Algunas veces se cortaba el suministro de la corriente eléctrica, que venía desde Daroca, porque se había caído algún poste, o por otras causas. Entonces había que subir a la segunda planta con un candil.

Daba miedo subir por la noche a la cámara, sobre todo si se quedaba uno a oscuras, cuando se apagaba el candil. Incluso presumíamos a veces, de que éramos capaces de subir a oscuras. Decíamos que lo mejor para matar el miedo era no correr, ir bajando tranquilamente escalón a escalón, despacio y sin mirar atrás. Alguno de mis hermanos contaba que lo intentó, pero solo pudo bajar con lentitud los dos primeros escalones y sin poder reprimir el miedo emprendió un veloz descenso a la vez que dejó escapar unos gritos despavoridos.

Lo único que había en esa cámara era oscuridad. Eso sí, en uno de sus rincones unos tubos perforaban el tejado para conducir y expulsar al exterior el humo de la estufa del comedor. Muchas veces el viento revocaba el humo que salía por las juntas mal encajadas de los tubos, y la estancia se llenaba de un humo espeso e irrespirable. Entonces había que apagar la estufa y el comedor se convertía en un congelador inhabitable.

Casi enfrente de la subida de la escalera en esa segunda planta había una puerta, que bajando un escalón llevaba a otra **estancia (17)** bastante grande, mejor iluminada y por tanto más usada que las dos anteriores. En ella se curaban los jamones, y allí se almacenaban los pocos forrajes que comían las cabras y los cerdos, pero las ratas daban muchas veces buena cuenta de ellos y los diezmaban, de tal forma que cuando se iban a usar, tanto el grano como alfalfa, etc, las ratas habían dado buena cuenta de ellos.

A la izquierda al fondo había otra pequeña **estancia (18)** en donde mi madre guardaba el adobo de las matanzas, reservas casi para todo el año. Tenía una ventana que daba a la plaza.

Cuando llovía las goteras eran tan numerosas en esa cámara, que parecía que no hubiera techo. Había que poner miles de cacharros, baldes de todo tipo y tamaño, para que recogieran el agua de lluvia y muchas veces se llenaban y había que retirarlos y ponerlos de nuevo. Era una verdadera inundación. El arreglo de aquellas goteras y de todas las de la casa, lógicamente correspondía al ayuntamiento, como propietario del inmueble. Nunca las arreglaron aunque mi padre lo solicitaba permanentemente. Se ve que andaban escasos de fondos en la corporación municipal.

Desde la Cámara de la Izquierda, en la segunda planta, partía una escalera de madera, en no muy buen estado, desde la que se accedía a la planta tercera que constaba de una sola estancia que llamábamos **la buhardilla (19)**. En realidad era un cúmulo de porquería. Estaba totalmente vacía, nuestros padres no subían allí nunca y a

nosotros nos decían que no subiéramos tampoco, pues la escalera ofrecía verdadero peligro. Por eso, sólo esporádicamente la visitábamos alguno de nosotros y siempre con precaución y arriesgándonos a padecer algún accidente, cosa que, por suerte, nunca llegó a suceder.

En la planta baja, a la derecha de la puerta principal, estaba la puerta de acceso a **la cuadra**, así llamada porque había sido cuadra de animales de labor cuando la casa estuvo anteriormente ocupada por labradores. Tenía fachada a la calle Mayor y a la Plaza y lindaba con el Almacén de Abajo. Nosotros no teníamos en ella animales de labor, pero si criábamos otros animales domésticos, ya que en aquellos tiempos de la postguerra no había más remedio que criarlos para poder subsistir. Eran tiempos de una carencia casi total y sólo los bienes raíces, como era la cría de animales, nos permitía a todos poder comer, esa es la verdad, no con la variedad deseada pero sí en la cantidad adecuada y sin que faltara lo imprescindible. Aún así eran tiempos preciosos. Por cierto, en la Web campillanos.com, por iniciativa de Javier Rego, se ha publicado el estupendo artículo de Eduardo Galeano “Me caí del mundo y no sé por dónde se entra”. (Para mayores de 30) que habla de esta situación de carencia y sus fabulosas consecuencias educativas. Aconsejo vivamente que se lea para reflexionar sobre la conveniencia de pasar necesidades. Lo ha escrito con un acierto muy grande. Está en el foro y lo he leído varias veces.

Pues bien en la cuadra criábamos gallinas, no menos de 80 ó 90, que producían una buena cantidad de huevos. Pero a la vez criábamos 3 cerdos. Había **dos zahúrdas (5) y (6)**, y un pequeño **muladar (7)**, encima del cual y estratégicamente colocados cerca del techo había unos palos largos que servían de dormitorio a las gallinas. Todavía las recuerdo subidas en aquellos palos, a la pata coja, que es como suelen dormir las ellas. Alrededor de ese muladar y colgados en la pared, en cajas rellenas de paja, se colocaban los nidales en donde las gallinas depositaban los huevos a diario. Llevábamos una contabilidad estricta, de tal forma que teníamos localizadas hasta las gallinas que ponían dos huevos en un solo día, cosa rarísima pero que ocurrió algunas veces. En alguna ocasión comprobamos que una gallina estuvo poniendo un huevo cada día, sin fallar, durante 22 días. Cabras, teníamos tres, no siempre pero generalmente había tres, que con la leche y los cabritos que parían nos daban muchas alegrías al paladar y llenábamos bien la andorga. Allí en la cuadra estaban las zahúrdas, como ya he reseñado, que mi padre, mi hermano y yo hemos limpiado muchas veces, no sin cierto asco al olor de los cerdos, pero había que hacerlo.

Tanto mi hermano como yo éramos entonces expertos en ordeñar las cabras, y nos divertía a nosotros y a todos los demás de la familia (esos eran los entretenimientos del pueblo) ver cuántos huevos ponían las gallinas. Mi padre me enseñó que los huevos serían más sabrosos si las gallinas, además del grano comían hierba. Por esa razón, tanto mi hermano como yo, adquirimos la obligación de traerles ese alimento complementario, cuando lo había en el campo. Tal era el gusto que tenían aquellos animalitos por la hierba, que todos los días nos esperaban, y salían corriendo a nuestro encuentro cuando, llegábamos después de comer (dos de la tarde) con aquellas reservas de hierba, que materialmente nos quitaban de las manos, mientras las íbamos depositando en los comederos que, para ellas, teníamos en la cuadra. Nunca he comido huevos más sabrosos, esa es la verdad. Los cerdos (a iniciativa de mi padre) eran paseados todos los días y nuestra obligación consistía en sacarlos y darles un buen trote por las eras, que había detrás de la iglesia.

De ese modo los huevos, el jamón, la leche, las morcillas, chorizos, salchichones, cabritos y, en ocasiones, el cochinillo, los gallos capones, que mi padre sabía castrar y

algún que otro cordero cebado con mielgas eran un alimento seguro para casi todo el año, que no era poco. No todos podían en aquellos años disfrutar de esos manjares.

Había además en la cuadra, enfrente de la puerta de entrada, otra **escalera (4)** de subida a la segunda planta, pero estaba cortada, es decir solo llegaba hasta el techo. Eso se explica porque era la escalera que daba acceso a una de las dos casas que se juntaron en una sola. Sobraba una escalera y se cortó. Esa escalera vacía la aprovechábamos para llenarla de leña, traída de los tocones de los robles, de los rebollos y de alguna que otra carrasca que siempre existían en aquellos bosques que empezaban en el kilómetro 11, cerca del puente de las Murmuraciones, y acababan en el kilómetro 9 de la carretera de El Pobo, ya en la subida al encinar. Había muchos troncos secos y hundidos en el suelo, que arrancados con paciencia daban un servicio estupendo en los días fríos del largo invierno, que eran duros. Esta recogida de leña adicional (el grueso de la leña que consumíamos era la correspondiente al trozo de bosque que como lote, nos caía en suerte anualmente, entre todos los que se repartían para los vecinos de Campillo) la hacíamos en la bicicleta, después de las horas de estudio, dando un paseíto. Poco a poco, viaje tras viaje, cargados con aquel preciado material, el hueco de la escalera quedaba casi lleno, o lleno del todo, de buenos troncos que aseguraban un cálido fuego para el invierno. Ya podía nevar todo lo que quisiera.

En esa cuadra, con el tiempo, cuando ya nosotros ya no estábamos, guardaron al toro, al toro de esa vacada que también he comentado en otro articulillo, siempre teniendo como vaquero al tío Cirilo. Alguien me lo dijo y ya no se me olvidará jamás.

Así era la casa del maestro, ahora reformada y reconvertida en centro de salud. El dibujo hecho a mano en el ordenador quiere reproducir sus plantas y estancias, pero no sé si lo he logrado. Al menos puede aclarar algo. La casa donde nací la dejo para otra ocasión.

Cuando he visto esa casa, mi casa, en algunas visitas, que hice ya hace años al pueblo, y antes de tirarla para hacer el centro de salud, no me atreví ni a entrar porque creo que estaba ya en estado de ruina. Me pudo la emoción. Tampoco he visitado el centro de salud y lo haré cuando vuelva al pueblo. Todo serán recuerdos, y nada reconocible.

Un campillano de corazón y de nacimiento. Jesús Delgado.